

EL EXTRAVÍO MORAL DEL PROFESOR LUCAS*Diego Ruiz-Castizo Calero*

(“El extravío moral del profesor Lucas” es un relato libre basado en la película “Irrational man”, escrita y dirigida por Woody Allen.)

El profesor Daniel Lucas llegó a la Universidad de Bryant, en el estado de Rhode Island, a comienzos de julio de 2008 para impartir Filosofía durante los cursos de verano. No era un desconocido en el mundo universitario, pues la fama obtenida por sus publicaciones -consideradas como brillantes- le precedía. Sin embargo, su prestigio intelectual venía acompañado también por una cierta aureola de malditismo que lo hacía más atractivo a las jóvenes estudiantes. Se decía que su madre se había suicidado cuando él contaba con sólo doce años y que para completar sus estudios superiores tuvo que realizar todo tipo de trabajos, desde camarero a mozo de ascensor. Había estado también en la guerra de Irak como cooperante en una ONG, y fue allí donde perdió a su mejor amigo víctima de una explosión durante un ataque de los insurgentes. Posiblemente los horrores de los que fue testigo durante la guerra, más el hecho de que su mujer lo abandonara durante su ausencia al iniciar relaciones con un colega suyo, hicieron de este profesor de cuarenta y un años una persona desencantada y depresiva que comenzaba a coquetear con el alcohol de manera preocupante. No llegaba, por tanto, a la Universidad de Bryant en su mejor momento.

El mismo día de su llegada se celebró, ya por la tarde, un cóctel de bienvenida donde pudo departir con los demás profesores y conocer a Rita Anderson, profesora de Química, con la que, a pesar de estar casada, mantendría una relación íntima.

Llamaba la atención de los alumnos el pensamiento radical y en ocasiones heterodoxo del profesor Lucas, quien cuestionaba el pensamiento de filósofos de la talla de Kant, por ejemplo, considerando que el concepto central de su ética, el *“imperativo categórico”* –que implica normas universales de conducta-, era incompatible con el sentido práctico de las acciones humanas. Sin embargo, terminaban cautivados por la brillantez de su oratoria y la originalidad de sus argumentaciones. Por otro lado, el profesor Lucas los ponía en guardia contra gran parte del pensamiento filosófico cuando les advertía de que la mayor parte de ese corpus teórico no era más que un ejercicio inútil de onanismo mental.

Una alumna de postgrado, licenciada en Derecho, Laura Bates, impresionó al profesor Lucas después de leer uno de sus trabajos. Se trataba de una joven extremadamente inteligente, además de una consumada lectora. Así, por ejemplo, reconocía haber leído la obra completa de Fiódor Dostoyevski. El profesor Lucas y Laura congeniaron rápidamente hasta el punto de que comenzaron a verse fuera de las aulas, lo que suscitaba los celos de Roy Butler, un joven atractivo, novio de Laura desde hacía poco tiempo.

Un día, al finalizar las clases, Laura invitó al profesor Lucas a una fiesta de alumnos que se celebraba en la casa de una compañera, Caroline Wilson, el viernes de esa semana. Durante la fiesta, la anfitriona estaba mostrando unos cuadros que sus padres habían comprado recientemente, cuando un compañero le dijo que les enseñara un objeto especial que sabía que su padre guardaba en un armario. Se trataba de un revólver. Comenzaron a pasárselo de mano en mano y comprobaron que estaba cargado. Una de las chicas preguntó ingenuamente que para qué tenía el padre ese revólver. Un compañero respondió, a modo de broma, que lo utilizaba para jugar con sus amigos a la ruleta rusa. La misma chica preguntó ahora que en qué consistía eso de la ruleta rusa. Los otros chicos se reían de la inocencia de su compañera. Entonces el profesor Lucas pidió el revólver, que en ese momento sostenía uno de los chicos, y a modo de explicación práctica, cargó el tambor con una sola bala, lo hizo girar y posó el cañón sobre su sien. Los alumnos estaban aterrorizados. El profesor Lucas apretó el gatillo sin que se produjera ninguna detonación, y lo hizo dos veces más con el mismo resultado, en un alarde de irracional temeridad. Los alumnos estaban escandalizados y recriminaban su conducta; el profesor les respondía que un cincuenta por ciento -que eran las posibilidades que había probado con el arma- era más de lo que muchos tenían en la vida para abrirse paso con éxito.

En cuanto a Rita Anderson, la profesora de Química, fue ella la que desde un primer momento se interesó abiertamente por el profesor Lucas. Fue ella quien le puso al corriente de los dimes y diretes del profesorado. Cuando su marido, Steve Crown, profesor de Matemáticas, dejaba el campus para asistir a algún seminario en otra Universidad, ella aprovechaba la oportunidad para tentar con invitaciones a su colega para que fuera a su casa a tomar una copa y quizás -seguro- a algo más. Una tarde que caía un fuerte aguacero, ella se presentó en el apartamento del profesor con la excusa de regalarle una botella de whisky. Tomaron una primera copa y acto seguido ella le propuso sin ambages que la llevara a la cama. No pudo el profesor Lucas estar a la altura de las circunstancias. Se excusó pretextando que últimamente había tenido mucho trabajo, pero es más que probable que el alcohol, con el que trataba de paliar una incipiente depresión, estuviera mermando su vigor.

Comenzó a salir con Laura. Ambos sentían una atracción que iba en aumento. Pasaban horas hablando de cualquier tema durante paseos interminables. Mientras tanto, Roy, que observaba impotente los devaneos de su novia, se sentía carcomido por los celos. Un tarde, Laura llevó al profesor a su lugar favorito, el faro de Newport, y allí, iluminados por los rayos de un sol que comenzaba a acariciar el horizonte, se le declaró. El profesor, tratando de

no herir sus sentimientos, le respondió con la mayor delicadeza que pudo, que no quería interferir en su vida sentimental. Unos días después, Roy comunicaba a Laura su decisión de interrumpir la relación.

Continuaron Laura y el profesor Lucas con sus salidas. Un día, ya a finales de julio, el profesor le propuso ir al parque de atracciones de Providence. Iban de la mano como dos enamorados sin importarles que los vieran; disfrutaban de la noche como dos adolescentes. En un momento dado, se acercaron a una atracción de tiro al blanco donde Laura demostró tener una puntería excelente con la escopeta. A la hora de elegir el premio que correspondía a las dianas obtenidas, Laura escogió una pequeña linterna. Sorprendido el profesor por una elección tan práctica, Laura le dijo que siempre se había sentido atraída por los objetos luminosos quizás debido a su valor simbólico, pues consideraba que la luz nos protegía de la ignorancia y, en ocasiones, también del peligro.

Un día de primeros de agosto que estaban sentados en una cafetería, escucharon de manera fortuita una conversación que les conmovió de manera notable. En la mesa situada detrás de Laura había cuatro personas conversando. Laura hizo una discreta señal con la mano al profesor Lucas, que estaba sentado enfrente de ella, para que se sentara a su lado. Ambos guardaron silencio. Una mujer se quejaba amargamente ante sus tres acompañantes por la posible pérdida de la custodia de sus dos hijos. El juez del caso, un tal Isaac Ferguson, que mantenía una relación de amistad con el abogado de su marido, iba a conceder a éste último la custodia de los pequeños. Se trataba de una situación de injusticia manifiesta. La mujer lloraba de impotencia. Cuando salieron de la cafetería, el profesor Lucas le dijo a Laura que seguramente el mundo sería más justo si desaparecieran personas como el juez Ferguson. A partir de ese momento y en los días sucesivos, el Profesor Lucas no hacía más que pensar en la situación de indefensión de aquella mujer, y qué deseable sería que le ocurriera alguna desgracia al juez. En sus fantasías mentales comenzó a pensar lo fácil que resultaría que alguien desconocido, que no pudiera ser relacionado por tanto con el juez Ferguson, lo hiciera desaparecer. Y pensó además que esa persona podría ser -¿por qué no?- él mismo. A partir de ese instante algo cambió en el ánimo del profesor Lucas. Parecía que hubiera encontrado una motivación, un objetivo que podría dar ahora sentido a su vida.

Comenzó a seguir al juez y a tomar nota de sus hábitos. Después de terminar su jornada en la Corte Estatal de Providence, el juez regresaba a su casa a almorzar, y a media tarde se acercaba al Club Social de la ciudad para jugar al billar y conversar con un círculo íntimo de amigos. Los sábados seguía siempre la misma rutina: se levantaba temprano, salía de su casa a las ocho de la mañana en dirección al parque para correr durante tres cuartos de hora; después pedía un zumo y compraba el periódico en un kiosco situado dentro del mismo parque, y se sentaba en un banco para leer durante una hora larga. Pensó en lo fácil que sería sentarse a su lado, cambiar el zumo, que acostumbraba a dejar sobre el banco mientras leía el periódico, por otro envenenado, y abandonar de forma discreta la escena del crimen simulando

continuar el paseo. No cabía duda de que se trataba de la planificación de un crimen perfecto, ya que sería imposible encontrar al culpable.

Empezó a pensar qué veneno sería el más eficaz para el caso, y enseguida surgió en su mente la posibilidad de utilizar cianuro. Recordó casi al instante que Rita llevaba siempre en su bolso una llave maestra que le permitía abrir el laboratorio y un almacén donde se guardaban todas las sustancias químicas para los ensayos, incluidas las tóxicas. Así que aprovechó una de las visitas furtivas que ella continuaba dispensándole en su propio apartamento dentro del campus, para sustraerle en un descuido la llave. Una semana después, a primera hora de la mañana, bastante antes del inicio de las clases, el profesor Lucas se dirigió al laboratorio de Química y se introdujo en el almacén que estaba en una habitación contigua separada del laboratorio por un amplio panel de cristal. Halló con facilidad el veneno en una de las estanterías donde se colocaban los frascos clasificados perfectamente por sus respectivas etiquetas. Pero quiso el destino que, en el momento en que el profesor Lucas se disponía a abandonar el almacén, entrara una alumna, Caroline Wilson, precisamente la alumna que organizara la fiesta en su casa a principios del verano. Ambos quedaron enormemente sorprendidos: el profesor, que no esperaba que apareciera nadie a esa hora, y Caroline, que no se explicaba qué es lo que hacía el profesor Lucas dentro del almacén, cuya entrada estaba obviamente restringida. Recomponiéndose como pudo, el profesor Lucas justificó su presencia pretextando estar documentándose sobre sustancias tóxicas para un trabajo que estaba redactando. La muchacha, con toda su ingenua naturalidad, le dijo que se alegraba de encontrarlo pues le había surgido una serie de dudas en el trabajo de Filosofía que debía entregar al final del verano. Una vez que Caroline dejó sus cosas en el laboratorio, salieron los dos conversando a partir de las cuestiones que la chica le iba planteando.

El sábado de esa misma semana se levantó muy temprano y se dirigió al parque de Providence. Tuvo que esperar diez minutos a que abrieran el kiosco para comprar un vaso de zumo, y se sentó después en un banco algo alejado de la zona más transitada. El vaso estaba cubierto por una tapa que encajaba mediante una ligera presión, en el centro de la cual había una pequeña abertura por donde sobresalía una pajita. Abrió parcialmente la tapa e introdujo una dosis letal de cianuro que llevaba dentro de una bolsita de plástico. Ajustó de nuevo la tapa y se dirigió vaso en mano hacia uno de los paseos centrales. Sobre las ocho y cuarto vio entrar corriendo al juez por la puerta principal. Media hora más tarde observó cómo entraba en el kiosco, salía dos minutos después con el periódico y su vaso de zumo, y se sentaba en un banco próximo. El profesor Lucas comenzó a sentir cierta ansiedad al dirigirse hacia el mismo banco del juez; pero se sobrepuso, lo saludó cortésmente y se sentó en un extremo a su derecha. Apenas un metro los separaba. Antes de abrir el periódico, el juez Ferguson dejó suavemente el zumo sobre el banco con su mano derecha, como era su costumbre. Una vez que se concentró en la lectura no le fue difícil al profesor Lucas dejar el vaso envenenado junto al del juez y tomar el de éste. Esperó aún algo más de medio minuto antes de levantarse y continuar paseando con aire distraído. Según se alejaba en dirección hacia la

salida principal sintió cómo su corazón se aceleraba; comenzó incluso a respirar con dificultad. Cuando llegó a su apartamento tomó un calmante y se sentó en su mesa de trabajo. El objetivo estaba cumplido y la mujer atribulada se vería libre de su opresor. El mundo sería ahora algo más justo, pensaba.

Al día siguiente los periódicos recogían la noticia de la muerte del juez Ferguson por un infarto sobrevenido mientras leía el periódico sentado en un banco del parque. El lunes Laura se acercó al profesor Lucas para darle la noticia y éste simuló quedar sorprendido. Dos días después estaba el profesor Lucas hablando con Rita en la cafetería del campus, cuando se acercó Laura para traer una nueva noticia que hacía aumentar exponencialmente el interés por el caso: después de practicarle la autopsia al juez, habían descubierto que la muerte fue producida por un zumo envenenado. El profesor Lucas, en un desliz de su inconsciente, no pudo evitar preguntar en un tono de contrariedad que por qué le habían practicado la autopsia. Tanto Rita como Laura mostraron su perplejidad por aquella pregunta tan fuera de lugar, pero enseguida se olvidaron todos del asunto, menos -claro está- el Profesor Lucas.

En cuanto a los padres de Laura, un matrimonio burgués establecido desde que se casaron en Smithfield –la pequeña ciudad donde se encontraba la Universidad de Bryant-, hay que decir que observaban atentamente la evolución sentimental de su hija; así que decidieron invitar a cenar al profesor Lucas el jueves de esa semana para conocerlo. La cena transcurrió en un clima abiertamente cordial. Fue ya en la sobremesa cuando el padre de Laura sacó el tema del asesinato del juez Ferguson. Se barajaron diversas hipótesis respecto al posible autor, y todos estaban de acuerdo en que no faltarían candidatos entre las personas que se podían haber sentido víctimas de sus veredictos, en ocasiones excesivamente rigurosos. Comenzaron a imaginar cómo se las había ingeniado el asesino para envenenar el zumo, y fue Laura quien planteó la posibilidad del cambio de vaso aprovechando la distracción del juez sumergido en la lectura del periódico. Después de cenar, Laura y el profesor salieron al jardín para disfrutar de la brisa nocturna. En tono jocoso, Laura le dijo que había llegado a fantasear con la posibilidad de que él hubiera sido el asesino. El profesor respondió, con aire divertido, que hubiera utilizado un arma o cualquier otra cosa, pero que el uso de cianuro le parecía un procedimiento bastante sofisticado. Laura, sorprendida, le preguntó que cómo sabía que el veneno utilizado había sido cianuro, pues la prensa no había facilitado ese dato. El profesor respondió que el cianuro era el único veneno capaz de proporcionar un desenlace tan rápido.

Por la tarde del día siguiente Laura se encontró en una zona comercial con una amiga a la que hacía tiempo que no veía. A lo largo de la conversación la amiga llegó a decirle que había oído que la profesora de Química, Rita Anderson, tenía una divertida teoría que señalaba al profesor Lucas como autor del asesinato del juez Ferguson. Por lo visto el profesor había estado disertando en algunas clases sobre la estética del crimen perfecto, pero no podía darle más datos. Al día siguiente, al mediodía, una semana después del crimen, Laura localizó a Rita Anderson en un pub de Smithfield, y se acercó haciéndose la encontradiza. Estaba algo bebida, y consecuentemente bastante

locuaz. Laura desconocía las visitas furtivas que la profesora realizaba al profesor Lucas, aunque sí había advertido que se sentía atraída por él. Después de saludarla y de intercambiar algunas palabras de rigor, le preguntó - simulando una desinteresada curiosidad- en qué se basaba para sostener la teoría que incriminaba al profesor Lucas. Rita, riendo, le dijo que, en un momento de intimidad, el profesor le había confesado que tenía curiosidad por saber qué se siente al matar a una persona. Laura, incomodada en su interior al descubrir la relación de proximidad entre Rita y el profesor Lucas, le contestó que ese tipo de fantasías formaba parte de su conocida excentricidad. Además -continuaba Rita- el sábado anterior lo habían visto salir del campus muy temprano, lo que era totalmente inhabitual en las costumbres del profesor, de quien se sabía que llegaba siempre a las clases por los pelos. Y aún faltaba la guinda -añadía la profesora-: había desaparecido de su bolso la llave del laboratorio donde hasta los mismos alumnos saben que se guardan las sustancias tóxicas; algo realmente insólito, pues ella nunca perdía nada. Aquella confidencia dejó a Laura sumida en una profunda inquietud.

Cuando ya por la tarde Laura volvió a ver al profesor Lucas, le dijo que le extrañaba que no le hubiera dicho nada de su temprana salida del campus el pasado sábado. El profesor, algo turbado, le contestó que había tenido que ir a Providence para hacerse una resonancia, y que no había querido decírselo para no preocuparla.

La prueba irrefutable se la daría el lunes siguiente Caroline Wilson, con la que se encontró en la sala de entrada a la biblioteca. Después de saludarse y de hacer un comentario intrascendente sobre sus respectivos peinados, Laura le preguntó -por continuar con la conversación- que cómo llevaba el trabajo de Filosofía. Caroline le dijo que muy bien, y todo gracias al profesor Lucas, a quien encontró casualmente en el laboratorio de Química. Al preguntarle Laura qué es lo que hacía el profesor Lucas allí, Caroline le respondió que, según le dijo, se estaba documentando sobre sustancias tóxicas para un trabajo que estaba preparando. Cuando Laura le preguntó cómo había entrado en el laboratorio el profesor Lucas, Caroline le respondió que tenía su propia llave. Aquella misma mañana, aprovechando que el profesor estaba impartiendo sus clases, Laura se coló en su apartamento por la escalera de incendios. Encontró sobre su mesa de trabajo un ejemplar abierto y subrayado de *Crimen y castigo*, con anotaciones de su puño y letra en que aparecían el nombre del juez Ferguson y una cita de *La banalidad del mal*, de Hannah Arendt. No cabía ya ninguna duda: todos los indicios evidenciaban la culpabilidad del profesor.

Cuando quedaron citados por la tarde en el parque de Smithfield, Laura, enfurecida de indignación, lo acusó de haber cometido el asesinato del juez Ferguson, al mismo tiempo que le preguntaba que cómo había sido capaz de perpetrar un acto tan infame. El profesor Lucas, negándolo al principio, pero reconociendo después su autoría, justificaba su acción como un acto moral que había servido para salvar a una mujer de una situación palmariamente injusta. Por otro lado, la realización de ese acto le había dado por fin un sentido a su vida. A Laura los argumentos del profesor Lucas le parecían inadmisibles desde cualquier punto de vista. Le dijo que no lo iba a

delatar, pero que, a pesar de todo lo que sentía por él, después de lo ocurrido - que para ella seguía siendo un crimen injustificable- no quería volver a verlo más.

Pasaron un par de semanas, durante las cuales no mantuvieron contacto de ningún tipo. El curso de verano llegaba ya a su final, cuando se produjo una novedad en el caso del asesinato del juez Isaac Ferguson: habían inculcado a una persona que había sido encausada por el juez hacía ya algún tiempo. Se basaban en el veredicto que el juez había pronunciado en el pasado contra dicha persona, un hombre de color de mediana edad, el cual había trabajado en un laboratorio, por lo que presumiblemente había tenido acceso a sustancias tóxicas. Inmediatamente Laura se personó en el apartamento del profesor Lucas para darle la noticia y para conminarle a que se entregara, ya que estaba ahora en juego la vida de una persona inocente. Después de calmar a Laura, el profesor Lucas le respondió que había que esperar prudentemente algún tiempo, ya que era posible que se demostrara la inocencia de esa persona. Puso como plazo una semana; si después de ese tiempo el hombre en cuestión continuaba inculcado, entonces se entregaría.

Comenzó a sentir el profesor Lucas que entraba sin remedio en una situación en la que su vida corría peligro. Se sentía agobiado, angustiado, y, por supuesto, no estaba dispuesto a entregarse, no quería morir. Había que eliminar, por tanto, a la persona que estaba decidida, si fuera necesario, a delatarlo; tenía ahora que idear un nuevo asesinato, y que pareciera además un accidente fortuito: el asesinato de Laura.

Pensó fríamente el profesor Lucas; puso toda su inteligencia al servicio, no de una nueva causa moral, de la reparación de una nueva injusticia, sino lisa y llanamente al servicio de su supervivencia. Recordó que todos los sábados, de once a doce y media de la mañana, Laura recibía clases de piano en el domicilio particular de una conocida profesora del conservatorio. El sábado de esa misma semana se dirigió sobre las once y media al edificio donde vivía la profesora, se introdujo en el cuarto de máquinas del ascensor, y recurriendo a los conocimientos adquiridos en un tiempo ya lejano cuando trabajaba como mozo de ascensor, manipuló el mecanismo para dejarlo bloqueado. A continuación subió a pie los cinco pisos que lo separaban de su víctima -que en ese momento seguramente ensayaba las notas de alguna partitura clásica-, y se dispuso a esperar pacientemente en el rellano de la escalera, junto al ascensor. Puntualmente, a las doce y media salía Laura del piso de la profesora con su bolso al hombro y la carpeta de partituras entre sus brazos; recorrió un largo pasillo de nueve o diez metros, y una vez que giró en ángulo recto hacia su izquierda buscando el ascensor, se sorprendió por la presencia del profesor Lucas. Con cierto aire de preocupación el profesor justificó su presencia por la necesidad que tenía de hablar con ella para tranquilizarse. Laura le contestó que no tenían nada que hablar y que no quería volver a verlo. El profesor se acercó poniéndole la mano sobre el hombro con ademán de apaciguarla, pero en un movimiento rápido llamó al ascensor y sujetó fuertemente a Laura por la cintura. Se abrió la puerta del ascensor dejando ver el hueco que conducía al vertiginoso vacío e intentó arrojarla. Laura trató de desasirse violentamente de

su agresor; por efecto del forcejeo, su carpeta y su bolso cayeron al suelo esparciéndose sus efectos personales. El profesor volvía a tomarla por la cintura y trataba de atraerla hacia el vacío. Laura, que se defendía con una fuerza inusitada, se giró rápidamente dejando delante del hueco del ascensor la espalda del profesor, que en ese momento pisaba algo que rodaba por el suelo y que le hizo perder el equilibrio; en un instante, el profesor, gritando, se precipitó al vacío, y apenas tres segundos después se oyó un ruido seco. Laura no podía creer aún lo que acababa de vivir. Miró hacia el suelo para buscar el objeto que había pisado funestamente el profesor, y descubrió la linterna que ganara en la feria alumbrando con una luz intensa.

Fue gracias al cariño de sus padres y al amor de Roy -quien no dudó un instante en reanudar la relación- que Laura consiguió superar aquella vivencia profundamente traumática; meses en que una y otra vez surgían en su mente retazos de lo vivido. Sin embargo, su fuerza de voluntad y su espíritu positivo la ayudaron a recuperar la seguridad personal que siempre la había caracterizado, dando a los suyos un ejemplo admirable de fortaleza. Hoy es una abogada eficiente que trabaja en un prestigioso bufete de Providence, y una feliz madre de dos niñas a las que educa en compañía de su inseparable marido y compañero Roy.